

Tema 5: LA FE, CONOCIMIENTO QUE SALVA

Instituto Diocesano de Teología Santo Tomás de Villanueva

— Escuela de Catequistas —

P. Enrique Santayana C.O.

Quiero terminar esta asignatura de introducción al *Catecismo de la Iglesia Católica*, volviendo a un asunto importante que tocamos en el tema primero, a propósito del “sujeto” y del “objeto” de la fe. Para no repetir todo ahora de nuevo, os remito a lo que dijimos allí y a los apuntes que os di. Releo ahora tan solo uno de los párrafos que sintetizan el asunto que hoy quiero retomar. Decía así:

«El movimiento espiritual de la fe depende del contenido. ¿Qué contenido es este? Aquel que está en su origen, la revelación de Dios, o mejor, Dios que se revela. Aquel que está en su fin, el Dios trinitario que se ha ofrecido a sí mismo como meta. Y aquel que constituye su fundamento presente: la vida divina dada al hombre, la vida de la gracia. Hay una realidad concreta de la cual nace la fe, hay una realidad concreta que la sustenta y la vivifica. Finalmente, hay una realidad concreta que constituye su única meta».

Retomaremos este asunto brevemente, que nos hace entender el valor y el papel que tiene el *Catecismo* como servicio a la fe del Pueblo de Dios.

El *Catecismo* consiste en la explanación y explicación de la fe de la Iglesia, que es participación de la fe apostólica, y eso es algo concreto. No es un sentimiento difuso, sino una realidad espiritual bien concreta y definida: que se fundamenta en la verdad y que tiene un camino concreto que recorrer¹. Todo este contenido de verdad es el que ilumina el *Catecismo*.

Vamos a desarrollar este punto siguiendo dos sermones² que Newman pronuncia en el año 35, cuando está al frente del movimiento tractariano y en plena lucha con los

¹ Cf. SAN IRENEO: «La fe se fundamenta en la verdad. De hecho, nosotros creemos lo que realmente es y como es; y creyendo lo que realmente es y como siempre es, mantenemos firme nuestra adhesión». San Ireneo, *Demostración de la Predicación Apostólica*, 11. Ed. Eugenio Romero Pose (F.P. 2; Madrid, 1992) 81.

² JOHN HENRY NEWMAN, *Sermones Parroquiales* 2 (Encuentro, Madrid 2007), 148-167. A partir de ahora, cuando hago referencia a las palabras de estos dos sermones, pongo entre paréntesis la página en que se encuentran.

principios luteranos presentes en la comunión anglicana. Como podéis imaginar, no seguiremos todos los pasos de los dos sermones.

Newman se da cuenta de que el dogma luterano de «la justificación por la sola fe», en el fondo, ha tomado el movimiento espiritual humano que es la fe y lo ha separado de los contenidos objetivos de la revelación de Dios, que son también parte de la misma fe. Con esta separación ha reducido la fe a un sentimiento ineficaz y lo ha destinado a su extinción. Sin contar con la realidad objetiva que constituye el inicio, el soporte actual y el fin hacia el que se dirige el movimiento espiritual de la fe, ésta al final, se extinguirá, desaparecerá como un puro sentimiento humano.

¿Qué propone frente a eso? Propone el esfuerzo de salir de uno mismo y de los propios sentimientos, para centrarse:

1º) En la persona de Cristo, en la realidad de la Revelación, en su obra y en su ser, es decir, en los contenidos de verdad;

2º) En la obediencia a los mandamientos de Cristo. Solo esta referencia a la verdad revelada asegura que la fe no sea un mero sentimiento humano; y solo la verificación de que se camina en la obediencia a los mandatos de Cristo asegura que la fe camina hacia el fin debido. La fe, como experiencia espiritual, no se justifica a partir de sí misma, sino a partir de un criterio externo de verdad, el del ser de Dios y de su obra, y el de la obediencia a sus decretos.

En el fondo, Newman exige acudir al canon del Símbolo y al canon de los Mandamientos, para asegurar que la vida cristiana sea tal, y no mera ilusión, no mera construcción humana. Desde luego que él no habla de «catecismo», pero me parece que nosotros podemos referir al *Catecismo* todo lo que dice a propósito de la necesidad de fundamentar la vida cristiana en la verdad. Y podemos valorar así el *Catecismo* como un servicio a la fe, justamente porque sirve a la verdad, no sólo a la verdad de la doctrina, sino a la verdad del movimiento espiritual de la Iglesia y de cada creyente. Se muestra así el *Catecismo* como criterio seguro del crecimiento y del desarrollo de la fe.

Además os propongo estos sermones, porque la descripción que hace de la fe cerrada sobre sí, degradada a sentimiento, es sumamente actual, no sé si en Inglaterra, pero sí desde luego entre nosotros, entre los católicos españoles de este tiempo.

Vamos a lo concreto de los dos sermones.

Newman titula el sermón 14, del segundo volumen de sus *Sermones Parroquiales*: “Conocimiento que salva”, lo cual ya es significativo. Comienza caracterizando la fe cristiana frente a la convicción natural de la existencia de Dios. Y dice: «Solo en el Evangelio se ha revelado Dios hasta dar lugar a un tipo de fe que pueda llamarse

conocimiento. La fe de los paganos era ciega, era más o menos un ir hacia delante en la oscuridad, a tientas con pies y manos [...]. Pero el Evangelio es una manifestación, y por eso se dirige a los ojos de nuestra alma»³. El Evangelio se muestra como luz para los ojos del corazón, otorga conocimiento de Dios y de Jesucristo, otorga «gracia y paz»; otorga finalmente la vida de Dios: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, tu enviado».

Frente al palpar, el ir a tientas de la «fe natural», es «la vista... [el conocimiento claro y cierto], lo que distingue nuestra fe de la fe de los paganos». Lo que da a nuestra fe esta luz que la caracteriza es la novedad de aquello que tiene como objeto: el Verbo encarnado. Y la prueba de que nuestra fe está en el camino adecuado es la obediencia. «La prueba de la fe es la obediencia. “El que acepta mis mandamientos y los guarda, ese me ama”». «Así que el deber y la tarea del cristiano se reduce a dos cosas: Fe y Obediencia. Mirar a Jesús, objeto a la vez que autor de nuestra fe, y actuar de acuerdo con su voluntad. [...] Ver a Dios en Cristo y querer obedecerle amorosamente en nuestra conducta»⁴.

Y hace la siguiente observación sobre su presente: «Creo que hoy tenemos el peligro de no insistir suficientemente en uno y otro punto por pensar que una consideración cuidadosa del objeto de la fe no es más que ortodoxia estéril, sutilezas técnicas y cosas por el estilo; y también por creer que el énfasis en las buenas obras equivale a una fría moralidad formal»⁵. Se me antoja que esta observación de Newman podríamos nosotros referirla a nuestro tiempo y al sentir de muchos cristianos.

Más adelante, Newman introduce el valor de la Tradición, haciendo referencia a la comprensión del misterio de Cristo que ya se nos manifiesta en las cartas apostólicas; y también a los credos y a las exposiciones de la Iglesia primitiva que conservamos en la liturgia: Unos y otros «No hablan de ningún ser ideal de fábula sino del Hijo de Dios verdadero cuya vida se registra en los evangelios. Así, todas las partes de la Revelación convergen en manifestarle a Él, que es su centro»⁶.

Y vuelve sobre lo ya dicho: «Así, todo el deber del hombre se reduce a tener una fe correcta —o, como se llama normalmente, ortodoxa— y a llevar una vida obediente»⁷.

El emocionalismo evangelista se oponía a una concepción así, afirmando que era necesario apelar al corazón, a las motivaciones. Newman les responde:

1º) «¿Cómo puede nadie saber que sus motivos y afectos son correctos sino por sus frutos? [...] Tenemos que recurrir a las obras y compararlas con la Escritura

³ *Ibid.*, 148

⁴ *Ibid.*, 150

⁵ *Ibid.*, 150

⁶ *Ibid.*, 151

⁷ *Ibid.*, 152

como la única prueba disponible para saber si nuestro corazón es perfecto ante Dios o no»⁸.

2º) La propuesta de una vida obediente no habla de una obediencia puntual —esa sí puede esconder «formalismo»—; estamos hablando de una vida, de una «una obediencia continuada [que] dice mucho»⁹.

«Desde luego, una buena cualidad o una buena obra, aislados, no convierten a nadie en persona virtuosa. Pero, por otro lado, no hay rasgo de la persona virtuosa que no tenga manifestación exterior. Y en la medida en que estos actos externos se repiten y son de distinto tipo, se vuelve más evidente lo robusto de esa virtud. La única seguridad que tenemos de ser virtuosos es una disposición habitual de dedicarnos sin reservas; a eso debemos tender, decididos a obedecer a Dios con coherencia, con atención celosa a lo pequeño y a lo grande [...] En la medida en que alguien tiene razones para pensar que su obediencia se extiende a todo lo que Dios le pide, en esa misma medida puede confiar humildemente en que su fe es auténtica [...] Para orientar su camino bastará con que fije su vista en Dios y se aplique a su trabajo, aunque se abstenga de curiosear acerca de sus sensaciones y emociones»¹⁰.

«Todo lo que yo digo es que nuestro deber consiste en actos, acciones de todo tipo, actos interiores, actos de palabras, actos de mano, pero en cualquier caso actos. No reside ni en estados de ánimo ni en sentimientos. Aquel que se propone rezar bien, amar con sinceridad, ser templado en las discusiones, es sensato y virtuoso. Pero el que se propone vagamente y en general adquirir una “espiritualidad interior”, no hace más que engañarse con palabras cuyo sentido se ha vuelto malicioso»¹¹.

«La esencia de la fe es mirar hacia fuera de nosotros mismos. Pensad, entonces, qué clase de creyente es el que se encierra en sus propios pensamientos, se confía a la actividad de su intelecto y piensa que su Salvador es una idea de su mente, en vez de poner a un lado el propio yo para vivir de él, que es quien habla en los evangelios»¹².

Con esta idea de la necesidad para la vida cristiana de olvidarse del propio yo para centrar la atención en la persona de Cristo y en la obediencia a él, termina este sermón y comienza el siguiente.

⁸ *Ibid.*, 152-153

⁹ *Ibid.*, 153

¹⁰ *Ibid.*, 155

¹¹ *Ibid.*, 156-157

¹² *Ibid.*, 157

Es aquí donde Newman reflexiona sobre el desapego a la verdad que ha producido el dogma luterano de «la justificación por la sola fe» y la enclaustración del individuo, hasta hacer irrelevante cualquier doctrina que hable de algo que no sea el sentimiento del alma. Curiosamente el título de este sermón, el 15 del vol. 2, es «Autocontemplación». ¿Qué importa así la doctrina sobre la Trinidad o sobre cualquier otra verdad externa al yo? Y la cita de la Escritura de la que parte para combatir esa idea errónea, resumida en el título, es: «Fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe» (Hb 12,2).

Dice Newman:

«Esta moderna teoría menosprecia claramente la doctrina revelada del Evangelio [...]. Al considerar un determinado estado del alma como el objeto central al que hay que tender, convierten “la verdad que está en Jesucristo”, que es el Credo definitivo de la Iglesia, en algo secundario a la hora de enseñar y profesar la fe [...] Y argumentan que esas “pequeñeces técnicas” de la fe ortodoxa (ya sea la Consustancialidad del Hijo o la Unión Hipostática) apenas cuentan a la hora de definir lo que ellos llaman un verdadero creyente espiritual.

Para apoyar su posición [esta moderna teoría que, en realidad, desprecia la verdad], declara como axioma que el principal propósito de la Revelación es mover el corazón; que lo que no parece mover el corazón es que no lo mueve, que lo que no lo mueve es prescindible [...].

Semejantes principios, una vez que se generalizan llevan a dar un peso desproporcionado a la acción de Cristo, por su carácter más inmediatamente interesante y excitante del sentimiento, en detrimento de su ser como Persona divina [...] Esta falsa sabiduría llega así a negar que la Escritura pueda tener un sentido concreto en asuntos de doctrina que permita afirmar: esto es verdadero y esto es falso; después, en hacer del Evangelio de la Verdad, como mucho una revelación de palabras y una mera letra muerta¹³; a continuación se considera que la inspiración habla únicamente de acciones divinas, no de personas divinas; y que es verdad lo que cada uno piensa que es verdad, de forma que uno puede decir que Cristo es Dios, otro negar su pre-existencia, y tanto uno como otro estarán en la verdad, según su peculiar modo de ser. La Escritura no tendría, pues, ningún significado sustantivo e independiente.

Esta teoría que estamos considerando tiende a anular las grandes verdades que el Evangelio ha venido a iluminar y tiende a oscurecer lo que ayer¹⁴ llamé el ojo de la fe. **Nos devuelve a la vaguedad del paganismo, a los tiempos en que la humanidad presentía y buscaba a tientas la presencia divina y, en**

¹³ Es decir, que consideran que el Evangelio son meras palabras, letra muerta a la que no hay que dar un valor tan grande como para considerarlas de forma estricta, como expresión de una verdad que nos condiciona.

¹⁴ Se refiere a lo dicho en el sermón anterior.

consecuencia, deja sin finalidad la Encarnación de nuestro Señor en cuanto manifestación del Creador invisible»¹⁵.

Y si esto ocurre con las verdades de la fe, lo mismo pasa con los preceptos de la fe. Infravaloran tanto las doctrinas como los preceptos. Según esta opinión: «Si se tiene un estado renovado del alma, ¿qué más da que haya recibido los sacramentos o no? [...] La idea de la comunión con Cristo se limita al mero ejercicio de los afectos» y si uno se considera así justificado «se preguntará, con toda razón según es la moda del día, por qué va a tener que depender de una serie de preceptos que sus dotes espirituales han dejado atrás»¹⁶.

A partir de aquí Newman describe los males espirituales que se derivan de estos principios, pero en eso no entraremos. Nos bastará reconocer que, de una manera u otra, la descripción hecha por Newman es una enfermedad reconocible entre los cristianos de hoy. En realidad, ahora las cosas han llegado más lejos, por el olvido en la catequesis y en la predicación de la escatología y la transformación, por eso, de la salvación cristiana en una realidad puramente inmanente (la felicidad en esta vida); la reducción de la idea de la libertad humana y el olvido de la responsabilidad moral; la influencia de una teología plural de las religiones que desprecia lo original de la pretensión cristiana —es decir, que solo en Cristo tenemos acceso a Dios y así salvación—; la idea de que la realidad sacramental del matrimonio depende más del afecto sincero que se tiene a alguien, que del acto consciente y deliberado de entregarse y recibirse de una vez para siempre en el consentimiento matrimonial y en su consumación entre un hombre y una mujer; de poner en duda que se puede desvincular la participación eucarística de la participación plena en la fe y de una concreta vida moral; que se puede poner en duda la doctrina de la transubstanciación, como una mera forma de expresarse... En fin, la lista podría alargarse.

Hemos dejado ya a Newman y concluimos la asignatura.

Sin duda, la caridad es la principal y la más necesaria medicina para el hombre de nuestro tiempo, pero también lo es la verdad, la verdad de la fe apostólica. Más aún, en medio de tanta confusión, la primera caridad es la verdad. Esta es la que desarrolla y expone como un todo orgánico, guiado por los principios fundamentales del Concilio Vaticano II, el *Catecismo de la Iglesia Católica*.

Después de exponer en el Concilio la racionalidad de la apertura del hombre al misterio de Dios revelado en Cristo y la racionalidad de la misma revelación de Dios, con la importancia que la Palabra de Dios tiene en la vida de la Iglesia; después de exponer la actualidad de esta revelación en la Iglesia y en la celebración litúrgica; la Iglesia con el *Catecismo* se dirige, en primer lugar, a Dios confesando su fe. El primer valor del

¹⁵ NEWMAN, Sermones parroquiales II, 160-162

¹⁶ *Ibid.*, 164

Catecismo es el servicio a este acto propiamente religioso, referido a Dios. Este primer servicio del *Catecismo* está en relación con el primer mandamiento: el amor a Dios. En segundo lugar, la Iglesia hace de esta confesión de fe algo público, la confesión se convierte en profesión de fe, y el acto que originariamente se dirige a Dios, se convierte en una invitación a todos los hombres a unirse a su acto de fe. Es el segundo valor del *Catecismo*, que está en referencia al amor al prójimo.

En estos tiempos en los que la razón humana, después de haber sido idolatrada, ha sido cercenada y se le ha prohibido ser ella misma abriéndose por completo al ser; en estos tiempos en los que se le ha prohibido escuchar la voz de la conciencia y buscar a Aquel que allí la llama; en estos tiempos en los que se la ha sometido y se la ha domesticado como instrumento de poder al servicio de las pasiones humanas; en estos tiempos es cuando más se necesita proclamar la verdad de la fe y explicarla. En estos tiempos el primer deber de la caridad es ofrecer la luz de la verdad.